



REVISTA DE GERONA

APUNTES BIBLIOGRÁFICOS



RECORDARÁN sin duda nuestros lectores que en el pasado año de 1878 (aun cuando se omite este detalle en el pie de imprenta) nuestro compañero de Redaccion D. Emilio Grahit publicó un curioso volumen, extracto de un libro casi desconocido hasta entónces, destinado á conservar la memoria de las fiestas celebradas en esta ciudad en el año de 1622 á iniciativa del Colegio de la Compañía de Jesus, con motivo de la canonizacion de los Santos Ignacio de Loyola y Francisco Javier, y beatificacion de San Luis Gonzaga, en cuyas fiestas figurò por mucho un torneo poético mantenido y premiado por el caballero gerundense D. Martin de Agullana.

Un buen servicio hizo con ello nuestro amigo á la historia literaria de esta ciudad, objeto especial que se propusiera, puesto que como dijo oportunamente: «dicha obra ha de ser rarísima, pues á pesar de las muchísimas diligencias practicadas no he podido obtener noticia más que de un solo ejemplar existente en la

AÑO IV.—MES DE MAYO DE 1879.—NÚMERO V.

biblioteca llamada de S. Juan en la ciudad de Barcelona.» Como quiera que el Sr. Grahit se olvidase de apuntar las condiciones de impresion de dicha obra, digamos de paso que forma un tomo en 4.º encuadernado en pergamino, de 139 fólíos, en el último de los cuales se lee: «INPRIMIOSE EN BARCELONA POR SEBASTIAN Í IAIME MATEVAD AÑO M.DC.XXIII.»

Una feliz circunstancia hizo que diéramos algun tiempo despues de publicado el libro del Sr. Grahit con otro ejemplar impreso, del mismo tamaño, aunque con algunas particularidades que no citándolas aquel, inducen á sospechar que pudiese haber merecido la obra de que se trata los honores de una segunda estampa. El ejemplar que hemos tenido á la vista con encuadernacion en pasta, empieza por una lámina-portadilla hábilmente abierta en acero. Representa una especie de altar segun el gusto dominante de entónces, en cuyo remate descuella el escudo de la casa de Agullana y á sus lados dos estátuas, de Palas y la Poesia. (1) Ocupa el centro el título abreviado de la obra y sobre dos pedestales las imágenes de S. Ignacio y S. Francisco Javier, con alegorías é inscripciones en los basamentos, en medio de los cuales se destaca un medallon con el busto del beato Luis Gonzaga.

En el fólío que sigue se lee la difusa portada que estimamos conveniente insertar íntegra, conservándole su defectuosa ortografía:

RELACION—DE LAS FIESTAS QUE HIZO—EL COLEGIO DE LA COMPAÑIA—
DE IESUS DE GIRONA,—EN LA CANONIZACION—DE SU PATRIARCA SAN IGNA-

(1) La predileccion de este caballero para con el Colegio de PP. Jesuitas y aún su amor á las letras (en que le hemos de suponer perito por el solo hecho de hallarle co-mantenedor de un certámen poético con personas tan calificadas como eran el Obispo de Gerona y el Rector de la Compañía de Jesus de la misma ciudad;) se esplican perfectamente, constando que dos ascendientes suyos, D. Miguel y D. Jaime de Agullana, habian sido, en 1581, los fundadores del expresado Colegio.

Otro individuo de la misma familia, D. Antonio, hermano al parecer de los anteriores, fué célebre jurisconsulto en el siglo XVI y escritor notable entre los de su facultad.

Todavía hoy queda en pié la casa solariega de esta ilustre familia junto á las escaleras de la iglesia de S. Martin, en cuyo fróntis puede verse el escudo de armas, siquiera desaparecidas de su campo por mano del picapedrero, las tres agujas heráldicas que lo constituían. En la misma iglesia y en el plano del presbiterio se encuentra la tumba propiedad de aquella familia con el blasonado conservado.

CIO,—I DEL APOSTOL DE LA INDIA—SAN FRANCISCO XAVIER,—I BEATIFICACION—DEL ANGELICO LUIS GONZAGA—CON EL TORNEO POETICO—MANTENIDO I PREMIADO—POR DON MARTIN DE AGVLLANA—CAVALLERO DEL ABITO DE SANTIAGO,—SEÑOR DE LAS BARONIAS DE LIGVERRE, I MIPANAS,—EN EL REINO DE ARAGON, ETC.—POR FRANCISCO RVIZ—NATVRAL DE LA NOBLE CIVDAD DE LOJA,—EN EL REINO DE GRANADA.—DIRIGIDA—AL REVERENDÍSIMO P. MVCIO VITELESCHI—PREPOSITO GENERAL—DE LA CONPAÑIA DE IESVS.—INPRESA EN BARCELONA,—POR SEBASTIAN I IAIME MATEVAD,—AÑO CIO IOC XXIII.

Al dorso se encuentran la aprobación y licencia expedidas en 2 de Noviembre del mismo año 1623, la primera del P. Jaime Puig Rector de la Compañía de Jesús de aquella ciudad, y la segunda del Obispo de la misma en su calidad de Lugarteniente y Capitan general. En los restantes seis fóllos sin numerar, como los anteriores, léense la dedicatoria de la obra, cuatro poesías dedicadas por su orden á las fiestas objeto del libro, al autor de éste, á los poetas del torneo (en castellano y en latin la última,) en loa del promovedor del certámen.

La descripcion de las fiestas ocupa los cuarenta y ocho primeros fóllos numerados del libro, quedando el resto ó sea la principal parte, destinada á tratar del torneo peético. Más de setenta composiciones merecieron los honores de la publicacion, aunque sólo fueron veinte las premiadas, casi todas ellas reproducidas acertadamente por el Sr. Grahit. Descompónese el número de aquellas en 11 anagramas, 5 odas sáficas, 6 canciones, 3 redondillas, 6 odas, 6 glosas, 7 liras, 9 sonetos, 7 geroglíficos y 10 canciones sestinas.

Hé aquí los justadores en la liza poética cuyos nombres hemos dispuesto por orden alfabético, con los detalles que acerca de ellos facilita el libro de que nos ocupamos y pueden ayudar para nuevas investigaciones sobre su carrera é importancia literaria:

AGUILAR	JOSÉ DE	LICENCIADO	2.º PREMIO
AGULLANA	FRANCISCA DE		
AGULLANA	MAGDALENA DE		
AGULLANA	OROSIA DE		
ALMENARA	FRANCISCO DE		
ALVARADO	DR. GERÓNIMO		
ALVAREZ	JUAN		
BELTRAN	PEDRO JUAN	PAGE DEL OBISPO DE VICH	
BERTUELO	SILVESTRE	NARBONENSE	
BONIFAI	MIGUEL	ESTUDIANTE	
CARNICER	JAIME	ESTUDIANTE DE TEOLOGÍA	

CASANOVA	VICENTE		
CONTRERAS (1)	BARTOLOMÉ		
CASTELLARNAU	PEDRO	JESUITA	
DABILLIO	ARNALDO	BITÉRRENSE	1. ^{er} PREMIO
DELGADILLO	ANDRÉS	LICENCIADO	2. ^o PREMIO
FERNANDEZ	DIEGO	JESUITA	
FERRER	GERARDO		
FONTOVA	BAUDILIO		
GARCÍA	PEDRO		
GILABERT	SEGISMUNDO		
GOMEZ DE IBARRA	ALONSO		2. ^o PREMIO
GRACIAN	JOSÉ	JESUITA	2. ^o PREMIO
IBAÑEZ	ANTONIO		2. ^o PREMIO
LLOBET	MAGIN	ESTUDIANTE DE LEYES	1. ^{er} PREMIO
LLUPIÁ	MARIA DE		
MARC DE JALPÍ	JOSÉ		
MARANGHESIO (2)	PEDRO	MAESTRO DE PAGES DEL OBISPO DE VICH	2. ^o PREMIO
MARIN	BRÁULIO		
MARTIN	JUAN	JESUITA	
MENDES	AMADOR	JESUITA PORTUGUÉS	
MONTE-AGUDO	SILVERIO		
MONTANER	FRANCISCO	JESUITA	
PEREZ	LUIS		1. ^{er} PREMIO
PIBERNAT	JACINTO	JESUITA	
REAL DE FONTCLARA	INÉS		
SALAZAR	MIGUEL		1. ^{er} PREMIO
SALINAS	LAUREANO		
SALVADOR	JAIME		2. ^o PREMIO
SALZEDO	HERNANDO DE		
SANAHUJA	TOMÁS		1. ^{er} PREMIO
SANSÓ	ARTEMISIA		
SANSÓ	MARIA		
SARRIERA	ELVIRA		2. ^o PREMIO
SAGRERA	MIGUEL		1. ^{er} PREMIO
SORIANO	VICENTE		1. ^{er} PREMIO
TARAVALLÓ	SALVIO	PAGE DEL OBISPO DE VICH	
TORRE	CRISTÓBAL DE LA		1. ^{er} PREMIO
TORRELLA (3)	RAMON		DOS 1. ^{eros} PREMIOS
TORRENTS	JUAN	JESUITA	
VELASCO	PEDRO	LICENCIADO	
VERA Y ORDOÑEZ			
DE VILAQUIRAN (4)	DIEGO	ALGUACIL DEL STO OFICIO	2. ^o PREMIO
VILAR	GERÓNIMO	JESUITA	

(1) Este apellido no figura en el libro del Sr. Grahit.

(2) El Sr. Grahit escribe *Marangbesio*. ¿Sería *Maranghesio* el apellido catalán latinizado de *Maranges*?

(3) El Sr. Grahit leyó *Torroella*.

(4) No *Villarquiran* como figura en el libro citado.

VILLAFRANCA
VIVAS
ZAPATA

SEBASTIAN DE
ANTONIO
LUIS

JESUITA PORTUGUÉS

2.º PREMIO

Por lo demás, terminaremos estos apuntes, consignando una averiguacion que se escapó á la diligencia de nuestro compañero el Sr. Grahit; ó sea de que el nombre, apellido y naturaleza del autor de la curiosa RELACION de que se trata, no son los que figuran en el citado libro (P. Francisco Ruiz natural de la ciudad de Loja) y sí del todo supuestos. Véase en comprobacion lo que acerca de ello se consigna en el *Diccionario de autores catalanes* de Torres Amat, página 653:

«TURBAVI (*Miguel*), jesuita, natural de Lérida y rector de su colegio en esta ciudad de Barcelona y de la casa de probacion de Tarragona, y últimamente visitador general en 1645 de toda la provincia de Cataluña, varon de gran virtud y mucho saber. Escribió y publicó un *Certámen poético* para las fiestas de la canonizacion de S. Ignacio y S. Francisco Javier que hizo el colegio de Gerona, disimulando su nombre con el de Francisco Ruiz. Marcillo p. 352. Revisó é ilustró la vida de Sor Maria Angela Margarita Serafina, que habia escrito el P. Fons jesuita.»

ENRIQUE CLAUDIO GIRBAL





EL SITIO DE GERONA DEL AÑO 1462



EL reinado de Alfonso *el magnánimo* de Aragon, considerado desde el punto de vista en que suelen colocarse aquellos que estiman como *desideratum* para la grandeza de las naciones, el estruendo de las armas y la satisfaccion de las conquistas, puede bien calificarse de glorioso. Pero si se tiene en cuenta que el rey se ausentó de estos países y permaneció casi constantemente en Italia, confiando la administracion de los estados aragoneses á su débil y enfermiza esposa, faltando así la mano enérgica y varonil del monarca para conducir la nave del Estado por en medio de las pasiones que se desarrollaban en aquella época de libertades parciales para las ciudades y los señores, que con sus respectivos privilegios llevaban de vez en cuando al terreno de los hechos la demostracion de sus sentimientos de rebeldía, por considerarse superiores al poder supremo de la nacion; si se tiene en cuenta que entónces más que nunca se necesitaba una buena administracion en Cataluña que procurando el bienestar del país, pudiese borrar el mal efecto que habia causado el desenlace del famoso parlamento de Caspe; si todo esto se tiene en cuenta, de seguro que no podrá ménos de

convenirse en que el reinado del conquistador de Nápoles produjo funestos resultados en este Principado.

¡No contribuyamos á levantar altares á los que han hecho correr torrentes de lágrimas y de sangre! Acalle el historiador su entusiasmo por los que han cifrado su gloria en destruir á los hombres, que los monumentos que la vanidad les ha consagrado publican suficientemente su fama en las plazas públicas!

Muy trabajada se encontraba por consiguiente la antigua Cataluña cuando D. Juan II vino á sentarse en el trono de su hermano, y así nada tiene de extraño, que hirviendo en el seno de aquella sociedad toda suerte de pasiones, de los nobles que querían conservar su poder, de los rústicos que querían romper su servidumbre, de las municipalidades que querían aumentar sus privilegios, y de todas las clases que se hallaban poseídas de aquel vértigo innovador del siglo XV, que se ha llamado Renacimiento; nada tiene de extraño por consiguiente que el primer botafuego que se presentase, fuese pretexto suficiente para encender una guerra civil en Cataluña sin precedentes en su historia, que después de arruinar al país, mató la antigua energía de su vida política.

En esta guerra se observaron dos núcleos ó centros de partido. Barcelona se puso á la cabeza del movimiento revolucionario, mientras que Gerona y la actual provincia de su nombre fueron la base de los movimientos del poder real.

Esto ha sido causa de que algunos historiadores hayan pretendido presentar este país como el protector del poder despótico de un rey tirano, y comoquiera que entre ellos figura de un modo muy notorio el autor de la notable historia crítica de Cataluña, D. Antonio de Bofarull, que creemos ha de ser autoridad de mucho peso en estas cuestiones, hemos creído necesario salir á la defensa de nuestro país, ya que después de haber examinado escrupulosamente los mismos documentos en que él se ha fundado, ó sea los contenidos en la gran Colección de documentos inéditos del archivo de la Corona de Aragón, nos hemos convencido de que nuestros antepasados obraron con aquella moderación y energía que tanto distinguió á los antiguos catalanes, cuyo espíritu por lo mismo supieron heredar.

El malestar de Cataluña lejos de disminuir con el gobierno del nuevo Rey, fué creciendo por momentos, no por actos de gobernación, sino por causa de las graves disensiones que mediaban entre D. Juan II y su hijo el príncipe de Viana, quien bien pronto obtuvo las simpatías de Barcelona y de algunas otras poblaciones, que le estimaron mucho más desde que se creyó como cosa indu-

dable que las disensiones eran debidas á la segunda esposa del rey, á la que consideraron ocupada tan sólo en preparar los medios necesarios para encumbrar á su hijo el príncipe D. Fernando llamado con el tiempo *el Católico*.

Tarea ajena á nuestro propósito sería la de enumerar minuciosamente los sucesos á que esto dió lugar, y sólo si debemos consignar en resúmen que ni D. Juan ni el príncipe de Viana confiaban en una avenencia, pues aquel siempre se presentó como un padre altamente irritado contra su hijo sin darle ni permitirle el tratamiento de primogénito, y éste por su parte llegó hasta el extremo de entrar varias veces en tratos con el rey de Castilla para ir á mano armada contra el autor de sus dias.

Acabó de enconar el ánimo del rey el entusiasta y desusado recibimiento que en 1460 hizo la ciudad de Barcelona al príncipe, como protestando del proceder del padre. Pero á poco, pareció como si se hubiese establecido una verdadera concordia, pues en las inmediateces de Igualada presentóse el de Viana á su padre y echándosele á los piés con grande humildad y reverencia y pidiéndole perdon de sus ofensas, se dió éste al parecer por satisfecho, entrando ámbos en Barcelona; más estando en esta ciudad, empezaron de nuevo las desavenencias por haberse asegurado al Rey que su hijo trataba otra vez de aliarse con el monarca castellano.

Marchóse D. Juan al Aragon para presidir Córtes, pero habiéndole éstas instado para que hiciese jurar al príncipe como primogénito, retrocedió hácia Lérida, en donde tenía convocadas las Córtes de Cataluña, y habia dado cita á su hijo para que se le presentase el dia 24 de Octubre. El príncipe sin embargo, poco atento á los mandatos del padre, no compareció hasta el 2 de Diciembre, para cuyo dia se habia prorogado la reunion de las Córtes.

Al avistarse padre é hijo, cuentan los historiadores que medió primero una conversacion bastante violenta, echándose en cara uno y otro diversos planes y propósitos, después de lo cual mandó el Rey detener á su hijo que fué encerrado en el castillo de Aytona.

Llamó tanto la atención este incidente, que diversos diputados suplicaron al rey que diese la libertad al Príncipe, y no habiéndolo logrado escribieron á la *Generalidad* ó Diputacion de Cataluña, establecida en Barcelona, para que sobre este asunto acordára lo que estimase conveniente. Reunidos los diputados de este centro administrativo con los concélleres y los síndicos de algunas po-

blaciones, nombraron una comisión para que pasase á ver al Rey, aunque este se hallase fuera del Principado, para exponerle la admiración que habia causado la prisión del Príncipe que no creían hubiese cometido ninguna falta, la conveniencia de darle la libertad y la resolución que habian tomado de no cejar en sus instancias hasta lograrla.

Semejante embajada enconó al Rey quien en la primera entrevista contestó que se maravillaba de que quisieran inmiscuirse en los asuntos de su familia y que con semejantes actos léjos de favorecer al Príncipe no hacían más que perjudicarlo. Acto seguido se llevó D. Juan al preso á Miravet.

No desmayaron por esto los embajadores y apesar de que si unas veces eran bien recibidos, otras obtenían desaires, fueron siguiendo á la familia real con la que iba el Príncipe en calidad de preso, sin cesar en sus instancias, ocurriendo entrevistas violentas en las que si el Rey se mostraba altivo, los comisionados contestaban con energía y firmeza.

Estos acontecimientos iban tomando grandes proporciones á los ojos del pueblo que, considerando al Príncipe adornado de sobrenaturales dotes, le idolatraba con verdadero frenesí y le tomaba como emblema de sus aspiraciones.

La situación era tirante: las desavenencias de la real familia, que en otras épocas no habian traspasado los muros del régio alcázar, se hicieron el tema de las conversaciones populares, efecto del malestar que sentían desde muchos años. Cuando un pueblo no se encuentra bien en su modo de ser social ó político, se auna fácilmente al primer acontecimiento ruidoso que se ofrece, con tal que demuestre oposicion á los poderes públicos.

Los sucesos iban tomando por momentos un aspecto amenazador. El Rey de Castilla, el favorecedor de los planes del Príncipe invadía los reinos de Navarra y Aragon, mientras que en Barcelona se reunía un *Parlamento*, á iniciativa de la *Generalidad* para tratar de la libertad del Primogénito, en el cual tomándose la cuestion por otro lado, se trató de demostrar que la conducta del Rey era contraria á las leyes del país.

No hemos sabido empero nosotros hallar ley alguna que facultara al supremo centro administrativo de Cataluña para reunir *Parlamentos*, que en suma venían á ser unos remedos de Córtes. De manera que no vacilamos en calificar de poco prudente el paso que se acababa de dar, con el cual la *Generalidad* se colocabá al borde de la insurreccion contra el poder real, y de este modo sin preveer tal vez los resultados, una vez lanzada la *Generalidad* por

el camino de la sublevación debía ésta seguir hasta sus últimas consecuencias, mientras la parte contraria, que por tal se consideró al Rey, no diese la libertad al Príncipe de Viana.

Así se explica que no contenta aquella Corporación administrativa con haberse arrogado la facultad de reunir el *Parlamento*, alistáse un ejército con el deliberado propósito de hacer prisionero al mismo Rey, y dar á viva fuerza la libertad al de Viana.

¿En qué leyes de Cataluña podía la *Generalidad* fundarse para armar una hueste por su cuenta, dirigida contra el poder supremo de la nación, contra el jefe natural de todas las milicias, contra el mismo Rey? En ninguna. Luego debemos convenir en que su actitud era completamente facciosa. No es por consiguiente admisible la afirmación de los admiradores de aquel movimiento de que en la *Generalidad* radicaban la ley y la justicia.

A partir de estos sucesos, dicha corporación no debe ser considerada más que como un centro revolucionario, situado en la capital de Cataluña.

Elegido el Capitán general del ejército, se puso éste en marcha y creyéndose ya invencible el movimiento que se realizaba, no ocultó la *Generalidad* sus propósitos, desligándose de todo vínculo de respeto para con el monarca, consignando que le enviaban una embajada de *cinco mil personas ó más*.

Tuvo el Rey que retirarse precipitadamente de la ciudad de Lérida, marchando al centro de Aragón, con lo cual envalentonados los sublevados, establecieron otra base de operaciones en la ciudad de Lérida, dependiente, digámoslo así, de la de la capital.

D. Juan viendo que no había más remedio que luchar ó doblegarse, no quiso sumir al país en los desastres de una guerra civil, y prefirió ceder, dando la libertad al Príncipe, que salió de su prisión el día 1.º de Marzo de 1461, dirigiéndose enseguida hacia Barcelona acompañado de su madrastra la Reina D.ª Juana.

Bien satisfecha debía quedar la *Generalidad*, ya que el Rey había bajado ante ella su cabeza, dando cumplimiento á todas sus pretensiones.

Todo debía por tanto volver á su estado normal. Debía licenciarse el ejército y disolverse el Parlamento ya que estaba logrado el objeto que les había reunido. Ningun motivo nacional existía para dejar de obrar de este modo. Pero quien tal creyese, pásmese viendo que aquellos hombres que se llamaban defensores del bienestar del Principado, cerraban las puertas de Barcelona á la Reina, y las abrían al Príncipe para recibirle con grande y estudiado fausto y ostentación.

¿Es esta la tan cacareada prudencia de aquellos diputados de la Generalidad? Se necesita estar alucinado para no descubrir en todo esto el plan de una vasta insurrección para destronar al Rey; ¿y cuándo había visto Cataluña semejantes desmanes?

Se nos dirá que todo era debido á las tiranías de D. Juan II, porque ahora se ha hecho de moda el llamarle tirano; pero á esto contestaremos preguntando ¿dónde están los actos de tiranía que se le achacan? ¿podrán citarnoslos, aquellos que sin hacerlo se entretienen en darle los más repugnantes epítetos? Si D. Juan fué un mal padre, cosa que en absoluto no aceptamos, porque mucha culpa encontramos en los actos del inesperto y lijero Príncipe de Viana, la historia, sin embargo, no ha podido señalar sucesos que demuestren la tiranía que se supone tuvieron que sufrir los catalanes.

Y en tanto, ¿qué hacía el tan ponderado príncipe? Demostrar su impaciente afán de reinar, atribuyéndose facultades que no le correspondían, armando caballeros á unos cuantos amigos suyos, procurando que la Generalidad se mezclase en asuntos de su interés particular, decretando la libertad de sus adeptos y mandando proceder contra el conde de Foix. Demostró también en esta ocasión por ciertos actos demasiado indiscretos, sus alianzas con el rey de Castilla y para que más se evidenciase su falta de sentido político, lejos de manifestarse propicio con su padre para establecer una concordia, le señalaba como condiciones indispensables ciertas proposiciones absurdas hechas por la Generalidad. Mientras tanto se desacreditaba, por otro lado, permitiendo que su aliado el rey de Castilla, invadiese con su ejército el reino de Navarra, poniéndose así ante los ojos de su padre como un verdadero traidor al poder real.

Apesar de todo D. Juan, *el gran tirano*, se avino á cuanto le exigía su hijo, pues por medio de la célebre concordia que á los 21 de junio de 1461 se otorgó en Villafranca, aprobó los actos que la Diputación ó Generalidad había ejecutado para obtener la libertad del príncipe; prometió dar la libertad á los adeptos á éste; remover á los oficiales reales; desterrar al Gobernador; permitir la jura del príncipe como primogénito, y despues de otros extremos de menor importancia, se concertó ¡oh mengua para el poder real! que el Rey, el jefe del Estado, el Conde de Barcelona, debería abstenerse de entrar en el Principado.

¿Y éste es el tirano? No. En esta concordia no se halla más que el rey débil que en aras de la paz se doblega ante un príncipe rebelde y ante una Corporación sublevada, compuesta de unos cuan-

tos magnates que no tenían otra aspiración que la de gobernar en Cataluña, sin superior de ninguna clase y que apesar de haberse tomado grandes atribuciones de carácter político, propias de otros centros, ó sea ejerciendo una verdadera tiranía, nunca dieron el menor paso para mejorar la condición de los catalanes, antes como muestra de lo que hubiera sido su gobierno, les arrojaron la tea de la discordia, sumiendo á la pátria en una guerra civil espantosa, mientras el Rey para evitarla pasaba por todas las humillaciones; y llamándose defensores de las libertades públicas, ahogaron con sangre la insurrección de los siervos del terruño, cuando estos para conquistar su libertad de hombres empuñaron las armas para romper las cadenas que les esclavizaban.

Para la firma de semejante padron de ignominia llamado concordia, no hubo inconveniente en que la desairada Reina entrase en Barcelona y apesar de que aun faltaban muchas firmas, el impaciente príncipe la llevaba á cumplimiento en lo que le convenía, haciéndose jurar como primogénito, con lo cual disgustó á varios de los personajes que de buena fé habian hasta entónces estado á su lado.

El contenido de dicha concordia abrió tambien los ojos á muchos catalanes, haciéndoles ver cuáles eran los verdaderos planes de la Generalidad, y depuesto el primer entusiasmo y comprendiendo que aquel movimiento era puramente autocrático, se formó un partido numeroso que deseaba que fuese el Conde de Barcelona quien gobernase y no una corporacion cuyas atribuciones eran inferiores á las de las Córtes.

Despues de haber dado el Príncipe de Viana tan pobres muestras de su talento político, entre las que se deben contar las tentativas de persecucion contra las principales personas del Principado, fué acometido de una enfermedad que en pocos dias acabó con su vida, pues falleció á los 24 de Setiembre de 1461, corriendo enseguida la voz entre el vulgo de que el Príncipe habia sido envenenado. La historia sin embargo se ha encargado de hacernos ver que no hay pruebas suficientes para dar por cierto semejante delito y que los indicios que tal vez existen, nacen tan sólo de los partidarios del mismo Príncipe, cuyo cuerpo hubiera sin duda presentado los señales del veneno y se hubieran encontrado al embalsamarle, cosa que no habrian dejado de hacer constar y publicar los admiradores del Príncipe.

Muerto éste, de conformidad á lo estipulado en la concordia de Vilafranca, sucedióle el Príncipe D. Fernando, pero como éste por su pupilar edad no podia gobernar por sí y como por otra

parte al Rey se le habia prohibido entrar en Cataluña, la Reina con el carácter de tutora tuvo que encargarse de la lugartenencia, de la que tomó posesion, digámoslo así, el dia 21 de Noviembre del mismo año con su entrada en Barcelona.

Pero no era esto conforme á los planes de la Generalidad, la cual, muerto el Príncipe de Viana, aspiraba al destronamiento de la dinastía para quedar ella como el único poder gobernante de Cataluña, y así faltando el pretesto del Príncipe para continuar la revolucion, tuvo que buscarse otro, y en efecto supo hallarse, aunque de mucha más importancia, por tratarse de un asunto de interés social.

Nos referimos á la sublevacion de los remensas, quienes no pudiendo suportar el cúmulo de desigualdades que les convertían en siervos, ya á principios del siglo XV empezaron á protestar de su condicion abyecta. El poder real en Cataluña se mostró siempre partidario de la abolicion de semejantes injusticias, de las que sólo reportaban beneficio los señores, pero estos, tanto los eclesiásticos como los seglarés, se opusieron á cualquier innovacion.

Aprovechando pues los remensas la perturbacion del país, llevaron al terreno de los hechos sus antiguas peticiones para exijirlas por la fuerza de las armas. No hizo nacer el poder real esta cuestion social, nació por la monstruosidad que encerraba. Precisamente esta sublevacion dió fuerza é importancia á la revolucion barcelonesa, pues compuesta la Generalidad de grandes señores feudales, los demás del Principado acudieron á ella instándole medidas de represion que no habian de encontrar en el poder real.

No considerémos tan falta de sentido práctico al astuto rey D. Juan, que se aventurase á esgrimir una espada que debía servir para herirle. Esto no significa que sostengamos que D. Juan dejára de valerse de esta nueva sublevacion, pero esto fué más posteriormente, cuando estuvo necesitado de fuerzas para combatir á los barceloneses, esto es, cuando no tuvo más remedio que luchar.

Aprovechó pues la Generalidad esta ocasion para alejar de Barcelona á la Reina á la que consideraban huésped molesto para la realizacion de sus planes, y al efecto la comisionaron para que pasase al Empurdán al objeto de poner remedio á la insurreccion de los remensas y castigar á los que se hubiesen hecho culpables de algun hecho punible.

Salió de Barcelona la Reina con su hijo el dia 11 de Marzo de 1462 dirijiéndose á la ciudad de Gerona, donde se estableció, como punto céntrico de las comarcas donde los remensas hacían sus correrías.

Apénas la Reina estuvo fuera de la capital, la Generalidad acordó las órdenes oportunas para la organizacion y armamento de un ejército, descubriendo más y más de este modo sus propósitos, pues no cejó en tal empresa apesar de las vivas protestas de la lugarteniente, alarmada con sobrado fundamento de esta nueva muestra de insurreccion, que estallaba más desembozada que nunca, pues la Generalidad invadiendo todos los poderes, redujo á prision á los partidarios del Rey y organizando tribunales á su gusto, levantó con sobrada frecuencia el cadalso para condenarles á la última pena. El despotismo era por tanto lo que constituía los primeros actos de los sublevados.

Nombróse al conde de Pallars Capitan general de la hueste, saliendo de Barcelona el dia 29 de Mayo con la consigna de que guarneciese á Hostalrich, atacase á Verntallat jefe de los remensas y se dirijiese al Empurdán. El ménos avisado comprenderá sin embargo que dicho ejército iba con la consigna real y verdadera de derribar á la lugartenencia, para quedar la Generalidad dueña del país, ya que al Rey le tenian alejado de Cataluña.

Viendo la Reina la manera amenazadora como se verificaba el nuevo levantamiento, y viéndose sola, aislada en un rincon del Principado y sin tropas de ninguna clase, publicó una orden disponiendo que nadie se atreviese á formar parte del ejército, pero aunque se llegó á publicar en Barcelona un bando concebido en estos términos, los diputados del *General* mandaron publicar otro anulándolo y dejándolo sin efecto.

La alarma de la Reina cundió como era natural hasta las autoridades de Gerona, por manera que los jurados de la ciudad y los representantes del estamento militar del obispado escribieron á los diputados del *General* expresándoles la estrañeza que les causaba la salida del ejército y el plan de dirijirse hácia estas comarcas ya que estas «son fidelísimas, decian, á la Magestad del Señor «Rey y á toda la cosa pública del Principado y jamás faltarán, ni «entienden faltar á la conservacion y defensa de las libertades del «Principado, motivos por los cuales se han maravillado de ello; y «deseando saber la causa les suplican, ruegan y exhortan para que «se la manifiesten, suplicándoles, rogándoles y exhortándoles para «ra que el ejército no vaya hácia esta ciudad.»

Contestaron los diputados haciendo mil protestas de amor al país, á las libertades públicas, al rey, á la reina y al primogénito, añadiendo que «es cierto y notorio á todos los habitantes del Principado, que el acuerdo de la salida de las banderas, se tomó para loór de Dios, servicio de la Magestad real, y beneficio, pacifi-

«cacion y reposo de la cosa pública del Principado.» Manifestaban tambien que habian apresurado el armamento del ejército por las tropelias cometidas por los remensas; y que en tales acuerdos habian tenido deliberacion tres representantes de la ciudad de Gerona, por cuyo motivo les sorprendia que se pretendiese ignorar estas cosas, de modo que *si alguien habia cambiado de modo de pensar*, no se les ocultaba el móvil á que esto obedecía. Terminaban la contestacion echando en cara á las autoridades de Gerona el hecho de no asistir sus representantes á los consejos ó sesiones, por cuyo motivo decian *sino tienen de ello conocimiento es porque no quieren*.

De modo que no fué contestada la parte principal de la pregunta encaminada á saber porqué motivo el ejército debia precisamente dirigirse á Gerona, cuya comarca estaba libre de remensas, en vista de lo cual se trató de poner á la ciudad en estado de defensa, á cuyo fin la Reina hizo un llamamiento general á los nobles para que en cumplimiento de la obediencia que debían á la magestad real acudiesen á defenderla: y en el interin acopió dentro la ciudad armas y municiones que hizo desembarcar en San Feliu de Guixols.

Mientras tanto el ejército de la Diputacion entraba en Hostalrich cuya fortificacion dejaba bien abastecida, y noticiosos de ello los gerundenses trataron de organizarse para rechazar si era necesario el ataque del conde de Pallars. Convocados los jurados por el obispo de la diócesis y habiéndoles expuesto el peligro que les amenazaba, se dispusieron todos á defender la ciudad, armándose y organizándose en grupos de *cincuentenas* y *decenas* al mando de los caballeros que habia en la poblacion, colocándose en los muros las correspondientes guardias para no encontrarse descuidados.

La fortificacion de Gerona era en aquel entónces muy distinta de la que ahora existe, pues consistia tan sólo en el primer recinto, el cual teniendo por base la torre Geronella, formaba un triángulo que por una parte se dirijia hasta la antigua cárcel, donde hoy existe la administracion de correos y por otra llegaba hasta el frente la iglesia de S. Felix en la parte posterior de la actual casa de Pastors, uniéndose ámbos lados en sus extremos por un muro en línea recta que pasaba por la bajada de S. Felix y calle de Ballesterías en la conformidad que indican los restos que aun existen de dicho muro. Si bien lo reducido de este recinto era una ventaja á causa del corto número de los defensores de la ciudad, presentaba el grave inconveniente de tener casi pegados á

las murallas tres grandes barrios, cuales eran el de S. Pedro, Mercadal y la actual parte baja de la poblacion y esto unido á las alturas vecinas que estaban sin fortificar hacian más fácil un sitio desde diversos puntos que además de hallarse á cubierto de los tiros de la ciudad la dominaban en su mayor parte.

En este estado el dia 6 de Junio del mismo año de 1462 se presentó el conde de Pallars con todo su ejército á la vista de la ciudad, pero en vez de pasar al Ampurdán como podia muy bien hacer en aquel mismo dia por haber llegado por la mañana, se arriñó á los barrios extramuros con demostrado intento de entrar en la ciudad.

Apénas se avistaron unos y otros ya se encendió la lucha, pues creyendo el ejército de Pallars que los gerundenses pretendian hacer una salida, cosa imposible atendidas sus pocas fuerzas, se alborotaron de un modo extraordinario, gritando á grandes voces que querian entrar ó morir, costando mucho trabajo al caudillo el contenerles. Parece sin embargo que entónces, en vista de semejantes ademanes, dispararon los de la ciudad algunos tiros de bombardas y esto fué la señal de la lucha, de modo que atacando los sitiadores una de las puertas, pudieron incendiarla, logrando penetrar y apoderarse de los barrios extramuros. Envalentonados con esta victoria, intentaron tambien tomar el recinto murado ó *Forsavella*, pero fueron completamente rechazados, en desagravio de lo cual se entretuvieron en rendir á unos cuantos hombres que habian quedado defendiendo una parte del Mercadal, de modo que á los sitiados no les quedó en la parte exterior de la *fortaleza vieja* más que la iglesia de S. Felix.

Ufano el conde de Pallars escribia á la Generalidad que creía que con la furia de sus soldados podrian irse hasta París: fanfarronada que sólo demuestra la lijereza de carácter del jóven conde, pues con semejante furia no pudo pasar de los vetustos muros de Gerona, defendidos por un puñado de hombres y tuvo que contentarse con tomar los barrios abiertos é indefensos.

Nuestros cálculos se van confirmando. La expedición de Pallars no tenia por objeto la destruccion de los remensas y si el destronamiento de la dinastía reinante. Por esto se comprende que tan luégo como los diputados tuvieron noticia de esta victoria, escribieron al conde animándole para la prosecucion de la empresa de tomar á Gerona, previniéndole que cuando estuviese dentro redujese á prision á los consejeros de la Reina y á todos los eclesiásticos y seglares que se hubiesen opuesto al paso del ejército, así como á los que hubiesen practicado algo contra la capitulacion

de Villafranca; previniéndole además que se presentase á la Reina y le hiciese presente que si se la habia aceptado como tutora del Príncipe para el buen gobierno del país, con todo *el Principado* en vista de *los hechos referentes á la ciudad de Barcelona* y á toda Cataluña, *habia determinado* que se abstuviese de usar dicho título y que saliese *brevemente* de Cataluña, en la inteligencia de que sino lo hacia de buen grado, tendria que hacerlo á la fuerza, tanto si se llevaba como no al primogénito.

No hagamos más comentarios. El contenido de esta carta es la mejor demostracion de nuestros cálculos.

Mientras tanto los sitiados comprendiendo el grave daño que podia hacérseles desde los barrios extramuros, acordaron la destruccion de las casas más cercanas á la muralla, por cuyo motivo desde la iglesia de S. Felix y de lo alto del muro de la parte del rio Oñar pegaron fuego é incendiaron dichas casas, quedando de este modo ménos amenazados de una sorpresa y demostrando su firme resolucion de rechazar el ataque de que eran objeto por el gran delito de tener á la Reina en su compañía.

No era posible que el Rey suportase por más tiempo semejante estado de cosas tan denigrante para el poder real y para el principio de autoridad, y comprendiendo cuanto importaba al bien del país romper el mañoso lazo con que la orgullosa Generalidad habia atado sus manos por medio de la capitulacion de Villafranca, entró en Cataluña con algunas fuerzas, encaminándose hácia Balaguer, donde fué muy bien recibido, escribiendo enseguida á los defensores de Gerona, dándoles las gracias por su comportamiento y encargándoles la guarda de su esposa y de su hijo.

Tomando pretesto de este suceso, la Generalidad arrojó por completo la máscara con que hasta entónces habia procurado ocultar sus designios, declarando al Rey, á la Reina y á sus partidarios enemigos públicos y expulsados del Principado de Cataluña.

No hay para qué consignar lo ilegal y anárquico de semejantes acuerdos, con los cuales una corporacion administrativa pretendia locamente disponer de poderes públicos superiorés á ella, como lo eran el Rey y las Córtes.

EMILIO GRAHIT

(Se concluirá.)



LOS SUSPIROS PERDIDOS

Á JULIA

Do van esos suspiros-de nadie recogidos,
Rodando en el espacio-con plañidero son;
Sin nido en que acogerse-vagando repelidos
Doquiera se presentan-en ténue vibracion?

¿En qué termina, dices,-su mísera existencia?
Preguntas ¿Cómo acaba-su tímido gemir?
Si són vagos fantasmas-que temen la presencia
Del día, y con la noche-precísales morir.

No sé; pero mil veces-llegó débil, perdido
En, la nocturna calma,-mís ojos á besar
Un hálito confuso-de lánguido gemido,
Más ténue que la brisa-de leve suspirar.

Murmullo misterioso-que sólo se levanta
Al ver que envuelve al orbe-silencio sepulcral,
Se mece, se desliza,-se aleja, se adelanta
Y ahuyéntale los besos-del aura matinal.

Ignórase su origen;-su curso por el suelo
Velado por las nieblas-ninguno divisó,
Semejan sus susurros-el sigiloso vuelo
De un ave recelosa-que el ámbito cruzó.

Mil noches, desvelado-doliente el alma mia,
Su voz vino lígera-mi espíritu á alhagar,
Cual nota fugitiva-de triste melodía
Que grata y dulcemente-sentí en mí resonar.

Simpático su acento-prestábame consuelo
Y, si un suspiro blando-del pecho se escapó,
En sus sonoros pliegues-con cariñoso anhelo,
La plácida armonía-volando le envolvió.

¿Será que mi suspiro-con fraternal abrazo,
Se fuè entre cien suspiros-perdidos á mezclar,
Y unido ya con ellos,-posóse en su regazo,
Marchándose, en su seno-con ellos á espirar?

.....

Venid, suspiros míos;-pues tantos he lanzado,
Parad en esta noche-el resbalar veloz;
Si vuestro aliento frágil-no se extinguió cansado,
Contadme vuestras penas-¡Obedeced mi voz!

Decidme si dispersas-moléculas perdidas,
El èter azulado-rasgando por doquier,
Con tímido susurro-fenecen vuestras vidas
En las etéreas ondas-dó os fuísteis á mecer;

Si, juntos y enlazados-creciendo por momentos,
Uniendo vuestras fuerzas-con poderoso afán;
Sois auras, despues brisas-y, en gérmenes de vientos,
Es vuestra voz potente-quien forma el huracan.

Venid, suspiros míos;-pues tantos he lanzado;
Parad en esta noche-el resbalar veloz;
Si vuestro aliento frágil-no se extinguió cansado,
Contadme vuestras penas-¡Obedeced mi voz!

.....

Ya siento cual llega-besando mi frente,
El céfiro dulce-que, en grato rumor,
Endebles sus alas,-en mansa corriente
Batiendo los aires-arrastran en pós.

La calma nocturna,-propicia al oído,
Rumores estraños-parecen poblar;
Tal suena lejano.-confuso, extinguido,
Lamiendo en la noche,-sus playas, el mar.

Los oigo que avanzan;-ya puebla la esfera
De séres ignotos-un raro tropel
Que enturbia los cielos-cual nube ligera,
Cual velo que filtra-la luna por él.

El alma, girones-de sueños pasados,
Fantasmas fugaces-de tanta ilusion,
Viniendo obedientes-del labio evocados;
Presiente cercanos-con grata emocion.

Ya hablan..... ¡Cuán dulce,-doliente resuena
Su voz apagada-fugaz al vibrar!.....
Es nota escapada-de un arpa que suena
Lejana, muy léjos..... ¡Dejadme escuchar!

.....

--Vamos volando cual mensajeros
Tristes del alma que nos lanzó;
Tímidos, vagos y plañideros,
Junto al oído dó nos mandó,
Y allí giramos
Y murmuramos
Sin descansar,
Y, rechazados, nunca atendidos,
Desesperados, desconocidos,
Nos esforzamos nuestro mensaje
Por relatar.

Nunca afanosa la mariposa,
 Cerca la llama que la ilumina,
 Que la fascina,
 Su inquieto círculo
 Tanto trazó;
 Más nuestro acento
 Se lleva el viento,
 Pues nadie ¡ay mísero!
 Le recogió.

Y desdeñados y repelidos,
 Trémulos, tristes, de pena henchidos,
 Desengañados,
 Desconsolados,

Entre sollozos, por nuestro mal;
 Ya de las auras vamos mecidos,
 Ya arrebatados del vendabal.

Ese murmullo,
 Plácido arrullo,
 Que de la noche turba la paz,
 Es nuestro aliento, nuestro lamento
 Manso, fugaz.

Y nos juntamos, nos abrazamos,
 Sombras sin cuerpo, con efusión;
 Por las tinieblas nos deslízamos
 En confusión.

Ó de la luna que brilla clara,
 Entre los rayos cual nube rara,
 Campo de nieve, vapor sutil,
 En lento vuelo subiendo al cielo,
 Somos celages, nítida bruma,
 De blanca espuma
 Copo gentil.

Con luz de plata, baña la luna
 De nuestras ondas una por una,
 Todas las crestas de ténue tál;
 Filtra sus rayos siempre lucientes
 En nuestras gasas que, transparentes

Dispersas ruedan,
 Paradas quedan
 Sobre el azul.

Mas la aurora
 Nos sorprende,
 Nos colora,
 Nos enciende
 De rubor,
 Y el rocío
 Dulce y frío

en tanto,
 ro llanto
 De dolor.

En sus gotas
 Desprendida,
 Nuestra vida
 Se nos vá;
 Implacable
 Nuestra suerte
 Es la muerte
 Que nos dá.
 Y rodando
 Desde el cielo,
 Resbalando
 En el suelo
 Nos posamos
 Sin rumor;
 Y encontramos
 Grata, pura
 Sepultura,
 Sueño ameno,
 En el seno
 De una flor.

.
 Han callado.
 Se ha apagado
 Su armoniosa
 Vibracion,
 Solamente
 Por la brisa
 Dulcemente
 Se oye aprisa,
 De sus olas
 Leve son,
 Prosiguiendo

Su carrera
 Por la esfera
 Con afan,
 En confusos
 Remolinos,
 Peregrinos,
 Ya se ván.
 El blando
 Postrero,
 Ligero
 Suspiro,
 Su giro
 Siguió;
 Y atento
 El oido
 Perdido
 Rumor
 Se forja
 Que, vano,
 Lejano,
 Gimió;
 Cual eco
 Velado
 Que al lado,
 Veloz
 El aura
 Girando,
 Volando
 Rizó:
 Ágil,
 Frágil
 Voz.

MANUEL MATA Y MANEJA





NOTAS GEOLÓGICAS

TOMADAS DE LA PROVINCIA DE GERONA

I. TERRENOS PRIMITIVOS Y METAMÓRFICOS.



s. la provincia de Gerona probablemente una de las regiones de España que más interés ofrecen al geólogo por su variada constitucion, pues como consecuencia de los trastornos que en ella se han verificado, presenta su suelo diferencias notables y dignas de un estudio que sólo podemos iniciar.

Los terrenos PRIMITIVO y METAMÓRFICO la ocupan en bastante extension, pues constituyen los montes de Nuria, que son los más elevados de la provincia; recorren ó asoman por la base de otros pirenaicos, para adquirir mayor potencia el primero por una parte en el Monseny, que por la escasa coherencia del granito ó fácil alteracion y ser más porfídico que el de Puigmal, en opinion de Collomb son de diferentes épocas, y por otra parte aquellos brotan en Bassagoda, Tapis y Massanet; forman el monte de S. Pedro de Roda y está el granito constituido de mica negra y feldespato gris; bajan por Palau y Pau; se estienden por el litoral del Ampurdan en el cabo de Creus, golfo de Rosas, La Bisbal, Palafrugell, San Feliu de Guixols y Tossa; ocupan el subsuelo á bastante profundidad desde Riudellots á Fornells, y van descubriéndose hacia Caldas de Malavella y Sils, donde han sido encontradas pe-

queñas amatistas y voluminosos cristales de cuarzo ahumado, y continúan formando los montes del empalme de las dos vías férreas de Gerona á Barcelona, para figurar hácia Martorell de la Selva y Tordera. Sigue la costa, desnudo unas veces y otras cubierto de pizarra arcillosa maclífera, por Blanes; Malgrat, Pineda, Calella, San Pol, Canet, Arenys, y se interna en la provincia de Barcelona, continuando hasta cerca de Mataró y uniéndose con el de Monseny por Hostalrich y Arbucias.

Es de diferente composición accidental y dureza, muy jaspeado en los montes de Santa Coloma de Farnés y en el empalme de los ferro-carriles citados, atravesado con frecuencia por vetas de feldespato, de pegmatita común y gráfica, y de cuarzo caracterizan el terreno cristalino ó ígneo agalísico, que se halla cubierto en estos puntos de detritus granítico ó granito descompuesto, en cantidad á veces considerable, y en el cual se hallan en explotación numerosas minas, siendo abundante la esteatita en un monte al S. O. de La Bajol. Dicho granito se presenta con casi todas sus variedades, pues le hay de grano grueso, mediano y fino; con mica blanca, dorada, rojiza y negra, acompañado á veces de turmalinas, talco, anfíbol, granates, epidota, pirita, oligisto, blenda y grafito, y hay protogina con la pegmatita, ó suerte de granito con talco en vez de mica.

Alternan el granito algunas veces con capas de gneis ó está en parte cubierto de caliza y otras rocas de los *terrenos metamórficos*, especialmente de pizarra micácea, cuyo tránsito generalmente es repentino, si bien algunas veces una leptinita compuesta de gruesos cristales de feldespato con mica les sirve de intermedio, como se observa en algunos montes del Cabo de Creus. Ya en las ramificaciones de los montes dependientes del Canigó, cuya cúspide se eleva 2786 metros sobre el mar, el granito pasa muchas veces al gneis, relacionado con las pizarras arcillosas por las micáceas, y talcosas.

Estas pizarras se hallan atravesadas por capas de calizas cristalina y cretácea, pues contienen *orthoceras*, *hippurites*, etc. por lo que deben ser clasificadas con los terrenos de transición y cretáceo las que se hallan atravesadas por filones y vetas de granito. Forzoso es deducir de todo esto que ya en los Pirineos existen á lo ménos dos erupciones graníticas anterior una al terreno metamórfico, y la otra posterior á la caliza de hippurites; hecho que podría conducir á un argumento más ó robustecer las observaciones de Alcides de Orbigny, de Lyell, de Adhemar, de Roulin, Bonville, Delbos y Roulet contra la hipótesis de Beaumont respecto al levantamiento de los Pirineos.

En algunos puntos, y entre sedimentos neptúnicos, han asomado rocas porfídicas, que no forman terrenos con solución de continuidad visible. Brotan porfidos feldespáticos más ó menos arcillosos de entre rocas del terreno hullero, los cuales tienen color negro en el monte Tosal, en el puente de las Rocassas de Camprodon, Torres de los Moros y Caballera, y rojo, rara vez negro, cerca del Puig de Sucas, Mas Camps y en la carretera de las minas de Ogassa á San Juan, figurando también la formación porfídica feldespática en los términos municipales de Santamans, Anglés y San Julian del Llor. El porfido verde ú ofita escasea, pero junto á San Juan de las Abadesas aparece al opuesto lado del Ter, acompañado de yeso y manantiales salados, siendo su textura compacta, granuda ó terrosa, y en su masa ó grietas accidentalmente contiene óxido férrico especular, chalcosina, talco, asbesto, cuarzo, mica y otros cuerpos. El porfido rojo presenta mayor superficie en la cúspide que en la base, y en su estructura algunas veces se nota como un tránsito insensible á las areniscas rojas sin fósiles.

Las hiladas arcillosas, conocidas vulgarmente por *llécul*, que varían mucho de color, siendo comun el gris azulado, predominan en los terrenos metamórficos. Se hallan en los montes de Nuria y están sobrepuestas al granito ó con él mezcladas en muchos puntos, ocupando bastante extensión para adquirir gran potencia en el ramal que desde Recasens se dirige hácia Rosas y forma los montes de Paní, con los despeñaderos, agrietados con frecuencia, del litoral desde Francia al cabo de Rosas, é islas Mesina, Masa de oro, Aranella y varios islotes, como el Cucurucuch, Cebollas, etc. Continúa con interrupciones en Vilajuiga, Garriguella, Rabós, Espolla, Cantallops, etc. y lleva limonita y capas ó vetas de cuarzo de poco espesor, casi compacto, de colores diferentes desde el blanco hasta el grisáceo y rojizo, apenas trasluciente y casi mate. Dichos estratos pueden muy bien ser clasificados: 1.º en pizarras micáceas, compuestas de láminas de cuarzo y mica, que á veces desaparece, como en el Puigferral y resulta hialomicta ó cuarzo esquistoso; 2.º pizarras arcillosas con frecuencia muy lustrosas, amarillentas, rojizas ó grises y á veces de color oscuro, que pueden ser utilizadas en la fabricación de alumbre, y 3.º pizarras talcosas, á las cuales comunica el talco que las constituye mucha suavidad al tacto.

El mármol estratificado contacta con las hiladas arcillosas en el Puigmal, Massanet de Cabrenys, Coll de Pincaró y en varios montes del litoral del Ampurdan, cuyas capas buzan en sentido tan inclinado con las de arcilla lustrosa, que penetran en el mar después

de formar numerosas sinuosidades en varios puntos, principalmente en las bahías y cabos de Calanans, la Figuera, Nofeo (ó Morfeo) y Bernat. Accidentalmente su masa á veces contiene tremolita, mica, epidota, óxido y sulfuro de hierro, y grafito que se obtiene de residuo cuando la caliza desaparece en ácido acético, clorhídrico ó nítrico, cuyo grafito le comunica color oscuro y otras veces el mármol exhala olor fétido de sulfidohídrico por frotamiento, y su polvo en general es fosforescente al caer sobre áscuas.

Tambien la micasita figura en algunos puntos, como en el Cabo de Creus y Rosas, pero su estension es muy escasa; en la comarca de las aguas sulfúreas de Capmany el gneis reposa sobre el granito, y está sobrepuesto á la micasita, la samnita ó arenisca micácea. De manera que el orden de sobreposicion de las capas es comunemente como sigue: pizarra arcillosa; mármol; algunas veces gonfolitas calizas; rocas cuarzosas, y samnita comun y esquistosa, formada por fragmentos pequeños y de los principios constitutivos del granito, rara vez con pizarra micácea, reunidos por cemento arcilloso en general de color oscuro, si bien varia desde el gris hasta el amarillo y el verde, alternando con estratos aluminosos en capas considerables.

JUAN TEXIDOR





UNA NOCHE EN PERPIÑAN

(LEYENDA HISTÓRICA)

CAPÍTULO II

DE CÓMO EL REY D. PEDRO SABIA APROVECHAR EL TIEMPO, Y OTRAS COSAS
CURIOSAS QUE VERÁ EL LECTOR.



El mismo día de la sorpresa hecha á los perpiñaneses, de que dimos cuenta en el anterior capítulo, hallábase por la tarde en la villa de la Junquera el rey D. Pedro de Aragon, ocupado en asuntos de gran importancia, segun las conferencias que habia celebrado con sus mas íntimos consejeros, y dando pruebas de aquella serena actividad que era el rasgo distintivo de su carácter. Por la mañana habia estado en Figueras donde, deseoso de cortar las antiguas rivalidades entre D. Dalmacio Vizconde de Rocaberti y D. Poncio Hugo conde de Ampurias, hablóle á éste con la entereza con que sólo podia hablarle un rey de sus brios; y despidiéndose de él habia salido precipitadamente con las fuerzas del conde de Pallás y del vizconde de Cardona, dirigiéndose á la Junquera donde se hallaban ya con otra gente de guerra no sólo D. Dalmacio de Rocaberti, señor de la villa, sino tambien dos caballeros principales llamados Berenguer de Rosanes y Alberto de Mediona, de la intimidad del rey.

Decimos que aquella tarde habia dado éste pruebas de su actividad, que podríamos llamar febril si en la resolucion de los asuntos más árdusos no le acompañara siempre la más completa imper-

turbabilidad. Conversó reservadamente con Mediona, el más célebre justador de su tiempo y una de las personas con quien tenía el rey mayor confianza y amistad, leyendo en aquella conferencia cartas reservadas y tratando de las últimas noticias recibidas de Francia relacionadas con la invasión que contra él se preparaba; recibió luego á un enviado del caballero Ramiro de Copons, uno de los concellers de Perpiñan, cuya conversacion á nadie reveló; despachó más tarde con Pallás y con Rosanes sobre asuntos de Sicilia, cuyos pliegos se mandaron aquella misma tarde á Rosas por un trotero; y finalmente llamó á Rocabertí para hablarle con la misma energía con que en Figueras se había espresado al conde de Ampurias.

Díjole á Rocabertí que era ya hora de que cesáran aquellas rencillas con su vecino, que teniendo origen en fútiles pretextos, habían crecido aventadas por el amor propio hasta ensangrentar sus campos y caserios; que ante la invasión extranjera debían acallar sus odios y coadyuvar á la defensa de su señor natural, haciendo frente al comun peligro; que así lo demandaban su hidalguía y el feudo que ambos le prestaban, y que de cumplirlo así acababa de darle seguridades el conde de Ampurias; pero que si era preciso y por alguno de los dos magnates no se atendían sus buenas razones, estaba dispuesto á tratarles como á vasallos rebeldes y hacerles sentir todo el peso de su indignacion.

Ante este lenguaje del rey, prometió Rocabertí firmar las paces con el conde de Ampurias antes de tres dias, y tener dispuestas todas sus gentes de guerra para defender la frontera así que avanzara el enemigo, concentrando fuerzas en el paso del Portús y guarneciendo su castillo de Perelada en estado de sufrir una heróica defensa.

Cuando hubo despedido al vizconde, quedó el rey unos momentos pensativo, y luego empezó á pasearse á lo largo de la estancia. De vez en cuando se detenía frunciendo el ceño como si una duda ó una contrariedad viniera á conturbar su ánimo; mas luego seguía con paso firme y airoso continente, erguida aquella cabeza que irradiaba magestad y ostentando en toda su esbeltez su cuerpo de elevada estatura y de proporcionadas y bellas formas que hacían de aquel hombre el rey más gallardo de su época.

—No he perdido el dia, murmuraba en voz imperceptible. Tengo avenidos á esos dos magnates pretenciosos cuyas fuerzas me son hoy necesarias; quedan dispuestos los refuerzos que han de hacerse á la vela para Sicilia, pudiendo quedar guardando las costas de Cataluña el victorioso Lauria, para vigilar los movimientos de

las galeras francesas; el cuerpo de aragoneses se acerca para disputar palmo á palmo á mi terrible enemigo esta tierra de lealtad; y al paso que me aseguran el retraso de los invasores, tengo buenas nuevas de Perpiñan.

Al llegar aqui, hizo el rey una de aquellas detenciones en que, abstraído y sin darse de ello cuenta, parecia que se encaraba con su propio destino.

—Parece imposible! Cuanto más me lo aseguran, más me repugna creerlo, proseguia luego con acento lúgubre, reanudando su paseo. ¿Porqué habré de verme precisado á luchar contra los de mi propia sangre? Que el papa Martin me escomulgara y levantara contra mi una cruzada porque á pesar de sus designios supe hacerme rey de Sicilia, lo comprendo; que Felipe de Francia tenga celos de mi ardimiento y de mi gloria, y que quiera ganar el renombre de *audaz* arrancándome la corona para colocarla en las sienes de su hijo Carlos, lo tolero; al fin y al cabo uno y otro obraron conforme á sus miras y fueron mis francos enemigos; pero mi hermano, ese ciego y mal aconsejado rey de Mallorca, ¿qué pretende? ¿Cómo desconoce en mi á su hermano mayor, á su señor natural, á su soberano á quien rindió solemnemente vasallaje? ¡Ah insensato! Ha creído debilidad mi prudencia, y se burla de mi magnanimidad. Mientras me asegura en sus letras neutralidad aparente para no incurrir en el enojo de su vecino, y me promete apoyo oculto en dinero y vituallas, trata con Felipe, ofreciéndole gente, y le dá en rehenes á dos de sus hijos. Mientras se escusa de venir á tratar personalmente conmigo, pretextando siempre ese temor al francés, maquina astutamente contra mi y manda embajadas al cardenal instigador de la cruzada, y se humilla poniéndose á las órdenes de un rey con quien no le liga vínculo de naturaleza. ¡Imbécil! ¡Traidor! Guárdate de que lleguen á mis manos pruebas que puedan convencerme de tu traicion.

Y despues de una pausa, continuaba:

—¿Para qué pretendes la corona de Valencia, si así arrastras por el lodo la que te legó nuestro padre? ¿Para qué pretendes, ambicioso, ensanchar tus estados, si te entregas atado de manos á tu vecino y dejas que te haga su esclavo?

—Tu conducta merece un escarmiento, prosiguió tras otra detencion. ¡Ah, Jaime! No sabes de que es capaz tu hermano enfurecido. ¿Tú lo quieres? Sea, pues. Al vencer al enemigo, fui siempre magnánimo; pero guárdate de que contigo deba aparecer terrible.—

Al llegar aqui, se restregó los ojos é hizo un movimiento de ca-



beza, como si quisiese desmentir aquellos atrevidos pensamientos que habian cruzado por su mente. Puso la mano sobre su corazon y exclamó:

—¿Te harás traicion á ti mismo, cuando has alentado tan grandes empresas? ¿No sabrás dominarte, cuando á tantos has vencido? Corazon, vuelve en ti y estremécete de haber anidado un sentimiento ruin. Acuérdate de que has nacido para la gloria y el heroismo; acuérdate de que alientas al heredero de Jaime *el conquistador*.

En aquellos momentos estaba sublime el aspecto del rey D. Pedro. Su frente despejada y en que lucia un destello del genio, sus facciones hermosas que habia heredado de su padre, aquel seductor atractivo que de ordinario arrastraba tras si los corazones, con la exaltacion progresiva que le habia animado durante su monólogo, daban á su continente un aspecto magestuoso, que al tinte rojizo del sol de la tarde que por la ventana entraba, le hacia aparecer verdaderamente con la gallarda figura del héroe.

Entonces sonó en una de las calles cercanas el toque del clarin, que hizo volver en sí al rey de aquellas reflexiones en que se hallaba ensimismado. Lanzó la mirada por una gran ventana ojival que daba á poniente, y vió que el sol declinaba al ocaso.

—Es la hora,—dijo; y agitando una campanilla, entró al instante el fiel servidor que guardaba la puerta. Mandó llamar á Manrique de Ribelles su escudero de confianza, quien, calado el yelmo con visera y lambrequines y vistiendo camisote y perpunte, entró luego colgándose la tizona, y ayudó al rey á ceñirse el arnés de guerra. Cubrióse éste con el rico yelmo alado que ostentaba la real diadema, que insiguiendo la costumbre de su padre solía usar en los combates; se ciñó daga y espada, y sacando de una arca un pergamino rollado y guardándolo en su limosneta, preguntó á Ribelles:

—¿Cómo se comenta esta inesperada marcha, mi leal Manrique? ¿Se vislumbra la direccion que voy á tomar?

—Señor, es un misterio para todos, y todos esperan vuestras órdenes.

—¿Está animada la gente?

—Está alegre y dispuesta á todo. Ya sabeis que cuando vos les guiais, se disputan todos vuestros vasallos la honra de compartir con vos el peligro. La marcha huele á combate, y éste presentimiento tiene alentados á cuantos están ya formando á la salida de la villa.

—¿Queda todo dispuesto?

—Señor, abajo esperan ensillados y engualdrapados vuestros caballos de combate.

—Vámonos, pues, mi buen Manrique, que la jornada será larga.

Y el rey, á pesar de que frisaba en sus cuarenta y siete años, bajó la escalera con la presteza y el donaire con que hubiera podido hacerlo el más garboso paje. Le seguía con la ligereza del gamo su escudero, en quien hemos de fijarnos, toda vez que en esta historia desempeña un papel importante.

Era un jóven de veinte y cinco años, de fisonomía inteligente, de ademán altivo, hermoso de rostro y de cuerpo apuesto y gentil. En sus bellos ojos garzos resplandecía la bondad; su rizada y lustrosa barba partida en dos mitades, y la elegancia sin mezcla de afectación con que vestía, revelaban al galante mancebo que sin descuidar los deberes de su oficio, procura parecer bien á alguna dama; y la finura de sus modales, su cargo de escudero del rey de Aragon y la confianza con que éste le distinguía, eran señales evidentes de ser segundon de una familia de ilustre abolenngo que desde su primera edad y bajo elevada proteccion habia emprendido la carrera de las armas.

En la calle aguardaba numerosa escolta, entre la cual por sus lucientes trajes se distinguian algunos ginetes de la alta nobleza, y entre ellos Mediõna, que al ver salir al rey, corrió á recibir órdenes. Cuatro briosos corceles soberbiamente ensillados y con largas gualdrapas de fina tela recamada de oro, dando fieros relinchos, manifestaban su impaciencia por sentir sobre sí al ginete que debia guiarles á la lucha.

D. Pedro montó de un salto el de más arrogante estampa, y dió orden á Manrique de Ribelles para que los otros, que seguian de reserva, fuesen conducidos por los escuderos. Ribelles montó el suyo, y confundido entre aquella numerosa y guerrera comitiva, siguió al trote detrás del rey y de Mediõna.

A la salida de la poblacion estaba aguardando aquel pequeño, pero aguerrido ejército, que apenas contaba unos cuantos centenares de combatientes y que estaba formado de elementos heterojéneos, como todos los de aquellos tiempos. Al lado del opulento señor de horca y cuchillo, estaba el modesto capitan de las reales mesnadas; cerca la luciente cota de malla del caballero, veíase al fiero almogavar con su ligera redecilla que dejaba su cabeza á la intemperie, con sus abarcas de cuero, desnudo de brazos y piernas y con sus cortas lanzas que más bien parecian chuzos; junto á los jinetes armados de lanza, venidos del campo de Tarragona, estaban los ballesteros ampurdaneses, de sencillo y pintoresco traje, que gozaban de celebridad en todo el mundo.

Al frente de aquella gente de guerra estaban aguardando Arnaldo Roger conde de Pallás, Ramon Folch vizconde de Cardona y Berenguer de Rosanes, que con Alberto de Mediona eran sus jefes más caracterizados.

A la orden del rey, el reducido ejército emprendió la marcha hacia el Rosellon; pero luego que, ganado el estrecho de Portús, descendieron por la vertiente septentrional del Pirineo, dejaron el camino, y en varios pelotones y dirigidos por experimentados guías, siguieron un sendero, internándose en lo más fragoso del bosque.

Bien pronto se estendieron por aquellas selváticas soledades las sombras del crepúsculo vespertino; pero á medida que la oscuridad aumentaba, el rey mandaba acelerar el paso, con el afán de salvar los peligros y las dificultades de aquel terreno casi inaccesible ántes de que cerrara completamente la noche.

Al paso que menguaba la luz del día, fué por momentos apagándose el brillo de armas y armaduras; desaparecieron en occidente los últimos resplandores; se cubrió el cielo de negras é informes nubes, y en medio de aquella oscuridad, que á través del bosque secular se hizo todavía más profunda, era imponente la marcha silenciosa de aquella gente de guerra que semejaba una aparición de los misteriosos y fantásticos ejércitos de que nos hablan las antiguas consejas de duendes y encantamientos.

Todos ignoraban la dirección y el objeto de aquella marcha forzada, excepto el rey y su escudero Manrique, que sabía callar como un muerto cuando de secretos de su señor se trataba. Los principales caballeros extrañaban que nada de su plan les descubriese D. Pedro, pero la prudencia y el respeto ponían un candado en sus labios. Por fin creciendo la impaciencia de todos, se hizo eco de ella Alberto de Mediona, que era sin duda á quien el rey profesaba mayor afecto, y con las frases más respetuosas y atentas preguntó si podían saber el objeto de aquella jornada; á lo cual *el rey en son de risa le respondió*, como dice la crónica, *que si pudiesen tanto caminar y la noche no les faltase haría tal salto y lance que en mucho tiempo no se hubiese visto mejor*. Esta contestación dejó aún á los caballeros más desconcertados sobre el plan de don Pedro, y hubo quien creyó que iban á dar un golpe de sorpresa sobre Narbona, ó que *quería correr tierra de Carasona ó verse con el rey de Francia*. Andando los caballeros en estos cálculos, el tiempo transcurría y el viaje adelantaba.

Llegaron por fin á una meseta en que el bosque se hacía más claro y el camino más ancho y accesible; despejóse el horizonte,

dejando ver á lo léjos la villa de Perpiñan, que se destacaba por su mayor oscuridad y por algunas luces que brillaban á través de los ventanales. El rey mandó hacer alto, y todos se detuvieron. Ordenó que continuara el mismo silencio que había reinado durante el camino; pero llamando á su lado á su escudero Manrique de Ribelles, tomó éste un reclamo que en su escarcela guardaba, y aplicándolo á su boca, produjo un sonido que parecía la voz del cuclillo.

En medio del silencio de la noche aquel sonido podía ser oído á larga distancia. A los pocos momentos contestó otro sonido igual al del reclamo de Manrique.

Por intérvalos iba repitiendo el escudero su seña y recibiendo contestacion más cercana. La persona que la daba oíase ya á corta distancia. Entónces mandó el rey á su escudero que se adelantase á recibirla.

Al trote largo descendió Manrique de Ribelles por la vertiente de la colina, hasta un recodo que el camino formaba; y vió venir hácia él un hombre embozado, que al tenerle cerca notó vestía traje de peregrino.

—¡Victoria! le gritó Manrique.

—¡Aragon! contestó el embozado.

—Paz al bien venido, replicó el escudero.

—Respeto al bien hallado, repuso el peregrino.

—¿Quién sois?

—El enviado por un caballero principal que espera órdenes.

—Decidle al caballero, de parte de quien le aguarda, que puede presentarse.

—¿Quién le espera al caballero?

—El rey D. Pedro de Aragon.

Entónces fué el peregrino quien puso á sus labios el reclamo, y haciendo una seña muy distinta de las dadas anteriormente, apareció á poco un ginete armado de punta en blanco, á quien el rey recibió y estuvo hablando un rato reservadamente, retirados algunos pasos de distancia.

El caballero era D. Ramiro de Copons, uno de los concellers de Perpiñan, que venía á darle cuenta de que en la villa tenia gente apostada y dispuesta á secundar su entrada tan luego como se presentase el rey debajo sus muros.

Cuando parecía terminar aquella corta conversacion, dijo á D. Pedro su interlocutor:

—Señor, mirad la seña convenida. Los perpiñaneses están dispuestos á abriros las puertas y os aguardan.

En efecto, habían aparecido entonces tres luces rojizas en lo alto de una torre, señal convenida con Copons para indicar que los de la villa estaban preparados para auxiliar la acometida que debía intentar el rey de Aragon aquella noche. Ninguno de los jefes que á éste acompañaban dudó ya del verdadero objeto de la jornada.

Entonces ocurrió un incidente curioso, que con ingénuo sencillez se relata en la crónica que nos sirve de guía para escribir esta historia. Convencido el vizconde de Cardona de que el rey trataba de apoderarse de la villa, con mucho respeto díjole que le tuviese por escusado de asistir á aquel hecho de armas, por el deudo que tenía con la reina de Mallorca; añadiéndole que en prueba de que ni remotamente pensaba ponerle obstáculos en su empresa, le dejaba cuanta gente suya llevaba, *y el rey se lo agradeció mucho*, según añade la crónica.

Mientras D. Ramon Folch de Cardona se retiraba con reducida escolta á una casa inmediata, el rey dictó órdenes á los demás jefes para acometer á Perpiñan. A pesar de que se oían ya á lo lejos las primeras ráfagas del viento norte que por la madrugada barrieron las nubes, á aquella hora continuaba el cielo encapotado y la noche muy oscura, de manera que en silencio y sin ser vistos pudieron llegar los expedicionarios á tiro de ballesta de las murallas. Entonces adelantaron hácia ellas cuatro maceros provistos de robustas y afiladas hachas, y á hachazos y á golpes de maza la emprendieron contra la puerta. Al mismo tiempo se oyeron en la parte interior gritos y crujir de armas, lo cual era indicio de que la guardia había sido sorprendida. El rey, al frente de los suyos, adelantaba entre tanto magestuosamente hácia la puerta. Esta se abrió con estrépito y se precipitaron los de Aragon dentro la villa, diciendo el rey:

—Pallás, aprovechad los instantes, que son preciosos. Apoderaos á todo trance del Temple y de cuanto él contiene, como os tengo dicho. Rosanes y Mediona: vosotros seguidme, y rodead el palacio para que no se me escape mi hermano.

Escepto unos cuantos que quedaron guardando la puerta, la gente que D. Pedro llevaba se dividió en dos grupos, partiendo con los suyos Arnaldo Roger en dirección á la casa del Temple, edificio muy bien fortificado donde el rey de Mallorca guardaba sus tesoros y documentos más importantes, y dirigiéndose el rey con el resto de la fuerza al palacio castillo, morada de su hermano, que ya sabemos estaba sin concluir y que por tanto no ofrecía condiciones para oponer seria resistencia.

En aquella ocasion fué cuando los que habitaban el palacio de

D. Jaime de Mallorca sufrieron la sorpresa de que está ya enterado el lector. Antes que se apercibiera la gente de armas que en el palacio habia, fueron sorprendidas todas sus guardias que, aunque resistieron heroicamente, quedaron arrolladas en aquella desigual lucha. La escalera principal del palacio quedó cubierta de cadáveres, por encima de los cuales subió el rey D. Pedro. Entonces fué cuando al estentóreo grito de *Perpiñan por Aragon* que éste dió, todo fué confusion y aturdimiento en las habitaciones superiores del palacio, cayendo desmayada la reina Doña Esclaramunda, corriendo á refugiarse en las habitaciones de ésta el rey D. Jaime, dirigiéndose atónitos en busca de salida el Sr. de Durban y los demás que con el rey estaban conferenciando, y quedando Estér sin saber que obrar, á pesar de su sangre fria, en los momentos en que Roboan anunció que quedaban todos prisioneros del rey de Aragon.

Instalado éste en las habitaciones que caían al lado norte del palacio, que eran las que de ordinario ocupaba su hermano D. Jaime, y asegurada por sus fuerzas la guarda y defensa del edificio, quedaron presas y conducidas á los calabozos cuantas personas principales y sospechosas fueron halladas, y entre otras el Sr. de Durban y sus compañeros, y tambien Aymerico de Narbona que en los momentos de mayor confusion habia salido de las habitaciones de la reina. Estas, que eran las del ala meridional del edificio, fueron las únicas respetadas de momento y en que no entraron las fuerzas del de Aragon, si bien á la entrada de ellas se colocaron dobles guardias, que era lo mismo que decir, que allí se escoltaba algun prisionero de guerra.

Cuantos se hallaban dentro las habitaciones de la reina Esclaramunda se sustrajeron, pues, á las primeras pesquisas de las fuerzas de D. Pedro; y por tanto, allí quedaron con la familia del rey de Mallorca y con las damas y pajes de su servidumbre, la disfrazada Estér y el viejo Roboan.

Cuando la jóven judía hizo notar al rey de Mallorca que las salidas de aquellas habitaciones estaban tomadas por doble guardia, la primera idea de D. Jaime fué descolgarse mediante una soga por el ventanal que daba á una solitaria calleja; pero bien pronto pudo convencerse de que todas las puertas y las esquinas exteriores del palacio estaban guardadas y que no le quedaba medio de evadirse.

Dominaba á D. Jaime un sentimiento, mezcla de cólera y terror, y vagaban por su mente tristes presentimientos. Al golpe de mano de D. Pedro debia presidir una determinacion terrible; y el orgu-

llo humillado, más bien que la esposicion de su vida, era lo que impelía á D. Jaime á sustraerse á la venganza de su hermano, á costa de cualquier sacrificio.

Doña Esclaramunda, vuelta en sí de su desmayo, estaba inconsolable. Su hijo segundo D. Sancho, casi un niño todavía y de carácter dulce y apacible, abrazado á su madre la prodigaba tierno consuelo. Sus hijos menores Fernando é Isabel, inundados en lágrimas, estaban asidos de las ropas de D. Jaime. Este, meditando, sentía un infierno en su corazón. Todo era desorden en la sala que daba acceso á la cámara de doña Esclaramunda. Sólo el astuto Roboan, de pié é inmóvil en un extremo de la misma, observando aquel desaliento con mirada fría al través de sus largas y pobladas cejas, indicaba á Estér la necesidad de no perder momento.

Algunos de los pajes más animosos proponían á D. Jaime defenderse así que entrara el enemigo, y hacerse matar antes que pasar por la vergüenza de caer prisioneros; mas Estér se opuso á ello con resolución, y dirigiéndose á D. Jaime, le dijo con energía:

—Para que no os arrolle el vendaval, agachaos y dejad que pase por encima de vuestra cabeza. Cuando la fuerza no os puede valer, emplead la astucia.

—¿Qué ardid puedo emplear para salvarme?

—Fingios enfermo. Ahí está la cámara de vuestra esposa y nadie ha de estrañar que en ella os hayais retirado sintiéndos malo. Vuestro hermano tiene ante todo hidalgos sentimientos, y no se ha de atrever contra vos, encontrándoos indefenso y postrado en cama. Así ganamos tiempo, y después veremos qué recurso nos queda. Esto urge, D. Jaime. Acostaos en el lecho de vuestra esposa.

—Este acto me repugna, Estér, porque puede atribuirse á cobardía. Más me valiera esperar aquí á mi hermano, y habérmelas con él en buena lid, y que el cielo disponga quién de los dos ha de caer en la contienda.

Estér señalando de una manera fatídica á los hijos de D. Jaime, replicó á éste con amarga sonrisa:

—¿Olvidais acaso que teneis estrecha obligacion de sostener los derechos de vuestra familia? Si á vuestro hermano le toca morir en esta jornada, no sois vos el llamado á matarle. Dejadme hacer.

—¿Qué pretendéis?

—Pretendo salvaros. Sabeis que odio á D. Pedro. Tened en mi confianza y acostaos.

Todo esto pasó en menos tiempo del transcurrido para explicar-

lo. El rey entró en la cámara de la reina, resuelto á seguir el consejo de Estér.

No habian transcurrido cinco minutos cuando se oyeron pasos acompasados que se acercaban. Eran Rosanes y Mediona, escoltados por soldados y escuderos, que precedidos por cuatro criados que les alumbraban con antorchas, salian de las habitaciones en que se habia instalado el rey D. Pedro, y en son de embajada venian á hablar á D. Jaime.

Los soldados y criados se aguardaron á la entrada de las habitaciones de la reina de Mallorca. Los escuderos se adelantaron hasta mitad del espacioso salon que yá conocemos, donde quedaban las damas y pajes, los pequeños infantes de Mallorca que las primeras consolaban, y el viejo Roboan medio oculto entre los segundos. Rosanes y Mediona, despues de pedir vénia á Doña Esclaramunda, precedidas de ésta y de su hijo D. Sancho, entraron en la cámara.

La entrevista fué breve. D. Jaime, acostado y fingiendo grave dolencia, suplicó le escusasen para con su hermano por no haber podido salir á recibirle. En cambio los enviados le dieron de parte de don Pedro todas las seguridades de que en aquella jornada nada intentaba contra él, y que por el contrario no llevaba otro propósito que el de salvarle de todo compromiso con el francés. Era seguro que éste iba á invadir á Cataluña, pasando por tierra de Rosellon, y D. Pedro queria defender sus plazas fuertes, á lo que tenia derecho en fuerza del homenaje que D. Jaime le habia prestado y de la concordia que entre sí tenian firmada. Era, pues, necesario que desde luego le entregase todas las fuerzas y castillos del Rosellon, que D. Pedro cuidaria de defender, con lo cual, al propio tiempo que podia contrarestar la invasion, salvaba la responsabilidad que para con el francés contrajera D. Jaime, quien podria escusarse, diciendo que á la fuerza habia tenido que ceder á aquella exigencia.

El fingido enfermo comprendió desde luego toda la gravedad de aquella embajada, por más que la atenuáran la astucia de la esposicion y las formas corteses en que venía envuelta; y la insistencia de los dos caballeros le convencieron de que la resolucion de su hermano era irrevocable. Don Jaime vaciló primero y balbuceó escusas; pero seguro de que debía correr la suerte del vencido, acordándose del consejo de Estér, prefirió ocultar la cólera que rebosaba en su pecho y fingir que de voluntad concedia lo que violentamente se le arrebatava. Cedió, pues, encargando decir á su hermano que podia mandar estender la escritura en que se

hiciese constar su voluntad, y que á la mañana siguiente la firmaría.

Rosanes y Mediona se retiraron con su séquito, satisfechos del resultado de su embajada; pero mientras habia durado dentro la cámara régia la escena que acabamos de apuntar, en el salon donde esperaban damas, pajes y escuderos, habia tenido lugar otra de que es preciso enterar al benévolo lector.

Entre la gente que formaba el séquito de Rosanes y Mediona, se hallaba Manrique de Ribelles, el leal escudero del rey Don Pedro. Asi que le vió Estér, confundida, gracias á su disfraz, con los pajes de Don Jaime, concibió una idea luminosa para salir de la situacion apuradísima en que se encontraba.

Se acercó al escudero, afectando distraccion, y con el mayor disimulo le dijo al oido:

—Manrique, sé que sois hidalgo y necesito de vuestros servicios.

El jóven y apuesto escudero quedó como quien tiene una vision, mirando de hito en hito á Estér.

—Prudencia por Dios, continuó ésta, porque una indiscrecion puede perderme.

—¡Doña Constanza! repuso Manrique en voz baja, pudiendo contener apénas su sorpresa, pero reprimiéndose en vista de la atinada observacion que le hacia la dama.

—Si, Doña Constanza que ha nacido con fatal destino, y que por el amor que le teneis jurado os demanda proteccion.—

El dulce acento con que aquella mujer pronunció sus últimas palabras fué de un efecto irresistible para Manrique, como si fuera ráfaga que aventára la pura llama que en su corazon ardia.

Con disimulo se separaron de los demás grupos para no ser oidos.

—Pero, ¿cómo os hallais aqui y con este disfraz? preguntó Ribelles, que apenas podia reponerse de su sorpresa.

—Todo lo sabreis si prometeis salvarme. Tengo que hablaros á solas.

—¿Cuándo? ¿Dónde podré veros?

—Esta misma noche; dentro de una hora. Es preciso que me saqueis de esta morada y vos mismo podreis buscar el medio que vuestro ingenio os sugiera. Ya veis que por salvar á una mujer, y á una mujer oscura que nada tiene que ver con la familia del rey de Mallorca, no correis ningun compromiso y ninguna deslealtad haceis á vuestro soberano.

—¿No podríais descubrirlos, y seria más fácil lograr vuestra libertad? Me comprometo á obtenerla del rey Don Pedro.

—Guardaos de hacerlo, replicó con severa energía Estér, ó lo que es lo mismo, Doña Constanza como la llamaba su apasionado Manrique. Tengo necesidad de guardar el incógnito hasta que salgamos de esta morada, y vos mismo habeis de ponerme á salvo, pues no me fio de otro hombre.

Aquella última palabra, pronunciada con la tierna inflexion de voz que supo darle Estér, era una tentacion para Manrique.

—¡Siempre misterios en vos! ¡Siempre reservada, señora, con el hombre que más os ama en el mundo!

—Ay, Manrique! Estoy cansada de estos misterios y de esta reserva que me echais en cara, y creo que Dios os envía á tiempo. Es preciso que de una vez sepais lo que soy.

—Es decir, que no sois lo que parecíais en Barcelona?.....

—Todo os lo explicaré, pero no puede ser ahora, porque nos están observando.

—Y aquí, ¿Quién sois?

—Hasta que salga de este palacio soy el mozalvete Gil, imberbe paje de Doña Esclaramunda de Foix.

—Señora, haré lo posible para salvaros.

—Mi agradecimiento será eterno, Manrique; y tened entendido que en mi corazon, de esta gratitud al amor no hay más que un paso.

En aquellos momentos salían Rosanes y Mediona de la cámara de la reina.

—Despues nos veremos, le dijo Ribelles á la jóven, viendo que tenian que separarse.

—Confío en vos, repuso ella con acento lleno de ternura. Dentro de una hora aguardadme junto á la puerta que dá entrada á las habitaciones de Doña Esclaramunda.

—Descuidad, que vendré á buscaros.—

Y mientras Manrique se alejaba, confundido entre el séquito de Rosanes y Mediona, Estér discurría sobre los resultados que podía sacar de aquel encuentro inesperado y sobre la inclinacion que, mal de su grado, sentía en su pecho por aquel hombre.

JUAN B. FERRER

(Se continuará.)



NOTICIAS

LNSIGUIENDO las prevenciones reglamentarias, la Asociación para el fomento de las Bellas Artes celebró el domingo 27 del mes próximo pasado junta general ordinaria, en la que después de haber dado cuenta la Comisión Directiva de sus gestiones durante el último año, se procedió á la elección de individuos para los cargos que resultaban vacantes, que en este año coincidió serlo todos menos el de Presidente. La nueva Comisión Directiva quedó constituida para el presente año con los señores siguientes: D. Enrique Claudio Girbal, Presidente; D. Domingo de Miquel y de Bassols, Vice-presidente; D. José Amètller y Viñas, Tesorero; D. José Baylina y Brunel, Vocal sin cargo; y D. Juan Ramonacho y Clerch, Secretario.

Nuestro apreciable colaborador D. Fidel Fita y Colomé ha sido nombrado en 21 Abril último socio correspondiente del Instituto arqueológico del imperio germánico. Nos consta también que está muy adelantada la impresión del discurso de su ingreso en la Real Academia de la Historia, que esperan con anhelo cuantos saben lo mucho que valen los trabajos de tan sabio é ilustrado sacerdote. Por uno y otro motivo felicitamos de todas veras á tan distinguido compañero.

Ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica, libre de gastos, D. Mariano Vergara, gobernador civil que fué de esta provincia, con cuyo carácter contribuyó á dar bastante impulso á los intereses artístico-arqueológicos y literarios de la misma. Reciba nuestro parabien.

Segun tenemos entendido, en breve verá la luz pública en esta ciudad una colección de poesías catalanas, debidas á la pluma de nuestro compatriota y novel escritor D. Pedro de Palol y Poch.

Más de un año se ha pasado ya desde que la Real Academia de S. Fernando aprobó el proyecto de monumento que ha de guardar los restos del inmortal Alvarez de Castro. A pesar de los patrióticos deseos de la Junta de erección, es probable que tampoco logremos ver durante este año, colocado en su puesto el

aludido monumento, cuya terminacion esperan con ansia todos los gerundenses y cuantos han contribuido para la ereccion de aquel. Una vez más excitamos el celo de la Junta indicada para que remueva todos los obstáculos que se opongan á la definitiva realizacion del mismo.

El acreditado profesor de instruccion primaria elemental y superior, nuestro amigo el Sr. D. Juan Vilá, ha recibido de sus señores hijos los reverendos PP. D. Juan y D. Narciso Vilá, residentes respectivamente en Manila el primero y en Cebú el segundo, una rica y variada coleccion de conchas de aquel archipiélago, las cuales ha tenido expuestas durante varios dias, causando la admiracion y los elogios del público de esta capital. Como á la Redaccion de la Revista le ha tocado una parte de dicho envio, merced á la dadivosidad del Sr. Vilá, nos complacemos en darle un voto público de gracias, felicitándole de paso por tener dos hijos honra de sus respectivos hábitos y modelos de cariño filial y de amor á su pátria nativa.

Por nuestra parte tambien debemos demostrarle nuestro agradecimiento, pues la verdad es que la remesa se hizo á instancia y ruegos de la Redaccion de la Revista.

Nuestro particular amigo D. Joaquin Riera y Bertran ha sido elegido Presidente de la Seccion de literatura del Ateneo Barcelonés. Felicitamos á nuestro compatriocio por tan señalada distincion.

El laureado escritor D. Salvador Sanpere y Miquel obtuvo en los últimos Juegos florales de Barcelona el premio de una ballesta de oro ofrecida por nuestra Excma. Diputacion provincial, por su trabajo histórico *L' alsament de Mieras*.

Está á punto de darse á la venta un curioso libro traducido del francés por un amigo nuestro, titulado *Notas sobre los Cueros de Córdoba, guadamaciles de España*, etc., debido á la pluma del distinguido arqueólogo Sr. Baron Carlos Davillier. Tenemos las mejores noticias acerca las condiciones materiales de dicha obrita, impresa con un gusto que honra á nuestras prensas locales.

La acreditada casa de D. Vicente Dorca ha repartido á los suscritores el segundo y tercer cuadernos de la novela que está publicando con éxito *Las Mujeres en venta*, original de D. Jacinto Labaila.

Podemos anunciar á los aficionados á nuestra literatura que en la misma libreria se hallan ya de venta las poesias del Rdo. Jacinto Verdaguer *Idilis y cants mistichs*.

ASOCIACION PARA EL FOMENTO DE LAS BELLAS ARTES

Por renuncia del cargo de Tesorero de esta Sociedad que ha presentado Don José Ametller, elegido en la junta general del 27 del pasado mes, la Comision Directiva convoca nuevamente á los señores asociados para el próximo juéves 22, á las 3 de la tarde, en el Salon de las Casas Consistoriales, á fin de elegir otra persona para el cargo que resulta vacante.

Gerona 16 de Mayo de 1879.--*El Presidente*, Enrique Claudio Girbal.